

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,

DE CADIZ.

LA IDEA DE PROTECCION Y LA LUCHA POR LA EXISTENCIA.

Sobre la extensa, dilatada superficie del planeta, aquí en el suelo que pisamos los hombres con insegura planta, la armonía aparece, como si fuera una verdad su existencia.

Y sucede, que cuando quiere el sér humano fijar en los hechos su observacion atenta, se presenta ante su inteligencia, ante sus ojos, la lucha más horrible, cual si fuera el combate principio ineludible y formára la guerra la firme base en que la vida se desarrolla y crece.

Al ver al vegetal que á formar llega robusto arbusto, gigantesco árbol, el hombre poco atento se maravilla, por el cuadro muy bello que tiene ante sus ojos.

Y en su profunda, notable admiracion, no quiere distinguir que más de una planta jermínó al lado del que en árbol vino á convertirse, y más de una luchó en vano con la fuerza vital del que impedía su perfecto, completo desarrollo.

Nacieron muchas plantas allí mismo: todas murieron, cual si la que crecía sobre ellas, vivir quisiera solamente, y de las mismas que morían sustentarse.

Era, pues, una lucha la que existió entre aquellas especies vegetales: la más fuerte fué cada vez nutriéndose de las sustancias que las otras le daban al descomponerse; y se las apropiaba, y venían á formar parte de la suya.

Venció el más fuerte, al fin: en derredor del árbol gigantesco, sobre el suelo, siempre cubierto con su sombra, apenas se ve ya el musgo rastrero, imperceptible, la más tierna, pequeña hierbecilla.

Agosto 1.º, 1878.—Tomo V.—Núm. 3.

¿No es verdad que en esa parte la armonía vital es sólo un sueño, y la triste verdad, la verdad clara, anuncia solamente un resultado que aparece innegable y no dudoso?

Pues si se pasa á la vida animal, se ve cómo la vida sobre la vida vive: que la paz es quimérica utopía, que sólo existe allí donde la inteligencia parece dominar únicamente.

Yo veo la golondrina volar apresurada, volviendo por momentos á su nido: sus hijos la esperan; y á su llegada, abren todos su pico, cual si esperaran el sustento preciso recibir.

Y en efecto habrán de recibirlo: el ave bella, la madre cariñosa, no deja de traer siempre en su pico un insecto que coloca en la boca de sus hijos.

Muere el insecto: su fuerza es muy pequeña, y la lucha es imposible con el que puede más: aquí vence el más fuerte, en el combate constante por la vida.

No es posible negarlo: el ave de rapiña, que arrebató la presa desdichada; la fiera que caza al pequeño animal y se lo engulle; el pez grande que se traga al pequeño, dicen que la armonía es algo que parece combate, y que si existe, es sólo comparable al silencio de un campo de batalla, en que reina la paz, al parecer; mas es la paz horrible, la paz incomprensible de la muerte.

Y si, dejando á un lado la vida entera que es inferior al hombre, se pretende estudiar al sér humano, y analizar lo que se llama por tantos, organismo perfecto, se ve al cuerpo devorado por la triquina, absorbido por la tenia, dando albergue á millares de millares de seres que entran en nosotros en la gota de agua que bebemos, y con nosotros viven, cual viven sobre el pulmon del tísico, y á su costa, los tubérculos, que, sin remedio, hallando desarrollo, llevarán al cuerpo hasta el sepulcro.

Ni el sér humano es, pues, respetado en el atroz combate, en la guerra constante que la vida sostiene con la vida: el hombre por vivir se ve obligado también á dar la muerte, cual si así quisiera demostrar claramente que ni aun él está libre del terrible anatema que tiene todo sér sobre sí.

¿Qué es, pues, la vida?

¿Qué es, pues, entónces de la idea grande y elevada que hace posible la existencia de la Sociedad Protectora?

Si la muerte es necesaria, si sólo con ella puede existir la vida, es acaso una autopsia el principio de caridad y amor?

No lo es, no, por fortuna. Sobre todos los seres, dominando á la creacion entera, no por la posesion de principio distinto, sino tan solo por el poder grandioso de una desarrollada inteligencia, el hombre aparece en el planeta cual pintan á Moisés.

Rayos de luz partiendo de su frente, la fuerza intelectual llega á transformar el mundo: el hombre tiene tambien que luchar, mas posee un arma poderosa; su alta, elevada inteligencia.

Mata tambien: en el presente momento de la vida del astro que habitamos, no hay medio de vivir, si no se mata.

Y con esto aparece que es imposible la idea de proteccion: la lucha pudiera exigir, en efecto, la anulacion perfecta del amor á lo que alienta y vive.

No lo exige: el hombre inteligente comprende que su sangre necesita del oxígeno del árbol, y su existencia del auxilio que le prestan los otros seres: ante esta solidaridad completa que entre todos existe, llega á percibir la relacion exacta que le liga á la vida infinita que se manifiesta á su lado, y de ella deduce que solamente cuidando de que no desaparezca el equilibrio, que sólo aplicando su proteccion á esa vida infinita que por do quiera se distingue pujante, es posible realizar el destino que el sér debe cumplir sobre la tierra.

Cuando del inmenso piélago, de la no interrumpida superficie de las aguas, las primeras tierras emergieron, apareció en el limo, á las caricias de los rayos del sol, la primera planta.

Débil, sencilla, imperceptible, rudimentaria y mísera; tuvo, sin embargo, enemigos, y luchó por la vida.

De entónces hasta hoy, tras tantos millares de siglos como han venido sucediendose, el combate constante, la lucha encarnizada ha reinado en el globo.

El hombre solamente supo comprender la idea de paz: él solamente pudo ser libre, en cuanto era y es inteligente.

La libertad del hombre, como consecuencia de su poder intelectual, pudo hacer ya, que la lucha, aun siendo necesaria, lo fuese en sus límites más reducidos; y de ese modo, dando la muerte con precision absoluta, pudo tambien venir á dar la vida y asegurar la existencia de otros seres.

No podía, no puede el hombre, en el estado y condicion de hoy, dejar de alimentarse dando muerte; mas esa muerte, necesaria, precisa, debería y debe darse del modo más humano, evitando en lo posible el sufrimiento.

Y si no fuera así; de que serviría al hombre su sentir, su inteligencia propia?

Dar la vida á mayor número de seres, y quitarla á menor cantidad, es someterse á la ley terrible de la necesidad, y dentro de ella alentar la existencia de otros seres.

No es, pues, incompatible esa ineludible necesidad de matar, con las doctrinas de proteccion y amor: las Sociedades protectoras tienen una razon de ser en la fuerza inteligente que nosotros los hombres poseemos.

No porque muera la vaca, el carnero ó el cerdo, ha de ser imposible la idea de proteccion, la vida necesita otra vida; es ley terrible y terminante, aunque no quieran todos conocerlo; que no nace sino cambia la materia.

Y en virtud de ese cambio, si un sér desaparece y se transforma, otro ser viene á recibir lo que algunos suponen que se pierde; cual si pérdida hubiera en ese constante torbellino en que cae un sér para que otro venga á levantarse.

Pues bien; aunque del vegetal el hombre viva, y necesite arrancar las plantas de la tierra, cabe la proteccion á los vegetales dentro de esa misma necesidad; el replante de los bosques que, por desgracia, desaparecieron, llevándose la riqueza del suelo que cubrieron con su sombra; el cuidado de las plantas, para obtener de ellas un aprovechamiento racional y justo; el culto de las flores, que influyen con su inmensa belleza poderosamente en nuestra esencia; el cuidado, en fin, del aumento de todo vegetal para que envíe su oxígeno abundante á nuestros débiles, fatigados pulmones, todo esto es posible en medio del preciso combate por la vida; todo esto queda para la idea de proteccion y amor.

Pasando al animal, hay que admitir que la ley que obliga á darle muerte no hace preciso el sufrimiento; y, por lo tanto, que éste debe evitarse, á todo trance, en cuanto pueda conseguirlo el hombre.

Y sucede, que el sufrimiento, y aun martirio cruel, se causa al animal, sin más razon que un capricho cualquiera: la inteligencia se subleva ante esto: todo mal debe evitarse en cuanto pueda la fuerza humana conseguirlo.

Y es un mal, un mal terrible, el daño que se causa á un sér que siente: el mal trato que con tanta frecuencia se dá á los animales, ha de ser desterrado: el conseguir la desaparicion com-

pleta de esta increíble aberración humana, queda para la idea de protección y amor.

¿No es verdad, pues, que si la lucha es condición precisa, y el dar la muerte es necesario, puede obtenerse la paz tan deseada ante el esfuerzo de la inteligencia humana?

Lo es, sin duda: el amor á la naturaleza viva, el culto que á la vida se debe tributar, el respeto profundo que merece, que ha de concederse á todo cuanto alienta, cuanto vive, pueden hacer y harán sin duda más pequeña esa lucha, más llevadero el eterno combate por la existencia.

Queda mucho para el amor: el hombre tiene en este un arma poderosa, que puede transformar, en cuanto sea posible, la estensa superficie del planeta.

Entre los seres, ya que hay un principio común que los hace entre sí solidarios, debe existir la paz: sea esta buscada en cuanto sea posible por el hombre humano y compasivo, y procure cada uno llenar la misión que le corresponde dentro de la grandiosa escena en que la vida aparece sin cesar, y sin cesar se va. Así, reunidos los hombres de buena voluntad, las Sociedades Protectoras existirán en la misma sociedad general: la humanidad entera, luchando sin cesar por dar la vida, disminuirá la muerte, y cumplirá en un todo el grandioso principio de amor, de caridad.

El combate por la existencia, la muerte necesaria, no hacen imposible la idea de protección: á variar aquel, á hacer esta lo ménos frecuente posible, deben tender y tienden las Sociedades Protectoras: que el amor sea un freno para la muerte, y la vida cambiará sobre la estensa superficie del globo en cuanto pueda conseguirlo el hombre.

E. THULLIER.

Socio corresponsal.

¿VAMOS A LOS TOROS?

¿Quien no se inflamará al presenciar el valor atolondrado de un «Lagartijo» y un «Frascuero» héroes del «matadero coruñés», que entrando en lid con un toro, procedente de «Colmenar Viejo» lo «pasarán», de una estocada, desde los cuernos á la cola?

(JOVELLANOS Y NOSOTROS).

—¿Vamos á los toros? Deseando estoy que lleguen las fiestas de *María Pita* para pasarme en la Coruña unos cuantos dias de distraccion. ¡Oh! ¡qué gusto! Créome ya en el tendido de aquella inmensa plaza, orgullo del pueblo coruñés.

Esto me decía, ayer tarde, un amigo, con la cara más alegre que unas pascuas, y frotándose las manos, cual ventero que hace un gran negocio dando á sus huéspedes gato por liebre; y lo decía con tal calor, que aun cuando quise disimular, tuve que soltar la risa, al verle gozar con tan cornudo gusto, que, si no palos, merece al ménos, algunas cornadas.

—¿Por qué te ries? ¿Crees que serán malas las corridas anunciadas? ¿No sabes que tanto Frascuelo como Lagartijo son los dos mejores espadas con que hoy cuentan las empresas de toros? ¿No conoces que los *bichos* de Lopez Aleas y otros ganaderos de Colmenar Viejo, no sólo son de buena *casta* y *sanidad*, sino los de mejor número de *libras* para *lidar*? Estoy deseando ver á *Chichi* y *Templao* picar *sin perder tierra* y á caballo *levantado*; ardo en deseos de saber como *Pablito*, *Anton* y *Armilla* plantan *banderillas*, no ya á *media vuelta*, que eso es muy *gracioso*, sino á *topa-carnero* ó á *salto de garrocha* por ser más *gracioso* y *divertido*. Con franqueza te digo, que no tiene *Frascuero* rival para *manejar el trapo* y *aguantar el bicho*. Y ¿Lagartijo? es el *gran diestro en recibir* y.....

—Sabe Dios cuando terminaría con tan sempiterna charla, que dicho sea de paso, agotaba mi ya cansada paciencia, á no interrumpirle la presencia de otro amigo, si no tan fanático, al ménos muy aficionado al arte de Costillares.

Comprenderáse lo embarazoso de mi situacion, viéndome entre dos amigos, si bien unidos á mí por una comun y desinteresada amistad, diametralmente opuestos tocante á *corridas*

de toros; hallábame cogido, como suele decirse, entre Carybdis y Scylla, pero sin temor ni peligro en el proceloso mar de la discusión que se suscitaba.

Iba ya á contestar á las, al parecer, objeciones de mi primer amigo, cuando una cernida lluvia nos hizo tomar asiento en un café inmediato, y como consecuencia, saborear una copa de *sol y sombra*, nombre dado por mis dos amigos á la mezcla de rom con marrasquino.

La casualidad trajo á nuestras manos el siguiente anuncio:

Plaza de toros de la Coruña.

Grandes corridas de toros los días 29 y 30 de Junio y 2 de Julio, durante las fiestas de María Pita, en las que toman parte las acreditadas cuadrillas de LAGARTIJO Y FRASCUELO.

Cuadrilla de Salvador Sanchez (FRASCUELO), de Madrid.—*Picadores*—Francisco Calderon, de Alcalá de Guadaira, Francisco Gutierrez (Chuchi), de Córdoba.—*Banderilleros*.—Pablo Herraiz (Pablito), de Madrid. Estéban Argüelles (Armillá), de idem. Valentin Martin de idem.—*Puntillero*—Eusebio Buendía, de idem.

Cuadrilla de Rafael Molina (LAGARTIJO), de Córdoba.—*Picadores*.—José Calderon, de Alcalá de Guadaira, Manuel Calderon id. Reserva. Juan Rodriguez (Templao), de Córdoba.—*Banderilleros*.—Mariano Anton, de Madrid. Juan Molina, de Córdoba.—*Puntillero*.—Francisco Molina, de idem.

Toros de las acreditadas ganaderías de Aleas, Lopez Navarro y Hernan, todas del Colmenar Viejo.

Con tan casual acontecimiento, tenía precisamente, en mi contra una desventaja, pero no temía á ninguna *cojida*, por lo cual, *saboreando* mi copa y encendiendo un *beguero* que, previo el abono de 12 céntimos de peseta, regalan en los estancos, entré de lleno en el enredoso berenjenal taurino, anteriormente suscitado.

—Estrañaste mi *risa* como única contestación á tu pregunta *¿vamos á los toros?* y tu estrañeza tiene, con respecto al asunto, una esplicacion muy sencilla, toda vez que no ignoras mi repugnancia á ese inculto espectáculo, hoy de moda, cuyo fin, no lejana, será morir entre el sarcasmo y el ridículo.

Tus *profundos* conocimientos en el tecnicismo del *arte* que, segun ha poco acabas de demostrar, y por ello te felicito, aunque no me dan un punto vulnerable en que pueda afianzar mis ase-

veraciones, por desconocer completamente las *cuadrillas* de los dos *diestros* que, al decir del anuncio, *trabajarán* en la Coruña para *honrar* la memoria de la inolvidable heroína hija de aquella ciudad ilustre, MARIA PITA, demuéstranme lo exagerado de tu *fanatismo taurino* el cual, aunque respetando tus *opiniones tauroromáquicas* cumple á mi deber censurar por lo general de su *peregrinacion* por las diferentes clases sociales.

—Trabajo te damos, interrumpiéronme en coro mis dos amigos, si te propones, lo que no conseguirás, enemistarnos con esa *popular*, ó mejor dicho, *nacional fiesta*.

—No; les repliqué, léjos de eso, aunque lo desearía, sé que me dirijo á dos personas ilustradas, con cuya amistad me honro, y tan sólo me propongo, en corroboracion de mis ideas, citaros la obra intitulada por su autor Montes, *La Tauromaquia*, que afirma que *hay toros que no solamente son el oprobio de los toreros, sino que causan su muerte*; y de aquí la calificacion de *bárbaras* dada á las corridas de toros. Y veis que no lo afirmo yo, sino un *diestro* de los de *primera fila*.

Igualmente, y en cierta ocasion que ahora no tengo presente, al *escurrir el bulto* el célebre Pepe-Hillo, á quien perseguía un *bicho*, le silbaba el público apellidándole *cobarde*; pero él, no hizo caso, hasta que, salvando la barrera, contestó con la cortesía que le era familiar, *Señores, aquí no se muere de risa como sucede en el Teatro*.

Esto demuestra que las *corridas de toros son sangrientas*, razon suficiente para tenerlas por anti-religiosas, ni mucho ménos civilizadoras, y por tanto, ninguna persona que de ilustrada se precie debe autorizar con su presencia tan sangrientos espectáculos, donde corre la sangre del toro y de ese otro animal amigo noble del hombre, el caballo, mezclada con la del torero, que al fin es un semejante nuestro; son una monstruosidad, un ultraje á la religion, una mancha á la cultura del pueblo español, una barrera al progreso, y por tanto, maldito lo *popular ni nacional* que son las corridas de toros. ¿No lo comprendéis, así vosotros?

—Sí, me replicaron, pero; ¿qué quieres? cuestion de apreciacion. Tú miras las corridas de toros, por el lado más feo, y en su contra desarrollas una filosofía; miéntas que nosotros, por el contrario, las encontramos como un grato entretenimiento para el público y un medio de *dar de comer y de remediar las más pe-*

rentorias necesidades de un sin número de familias; por lo demás, no desconocemos la fuerza de tus razones.

—Como la ley de las comparaciones, les respondí, puede alegarse ya en pró, ya en contra de los más inconcusos hechos, no me extraña vuestra respuesta, á la que mucho y largo tenía que objetar; pero visto que la tarde nos convida á pasear, terminaré esta cuestion invocando aquel principio moral, de *el efecto bueno no debe conseguirse por causas malas*; y como las corridas de toros son causas bastante malas por lo que en sí encierran de *barbaras*, resulta ese efecto de que proporcionen pan casi siempre amasado con sangre humana; *efecto malísimo*; pues muchas veces amarga á esas familias que lo mezclan con irreparables lágrimas ocasionadas por la pérdida del ser querido, sacrificado por capricho del público, en la puntiaguda ara de un cuerno.

Para todos aquellos que miran las lides taurinas como fiestas nacionales, dice muy bien el ilustrado hijo de Gijón;—¡Oh fiestas magníficas! ¡oh fiestas útiles! ¡oh fiestas deleitables! ¡oh fiestas piadosas! ¡oh fiestas que sois el timbre más completo de nuestra sabiduría.!

Para los que las miramos, tal cual son, como *un absurdo del presente siglo*; los que conocemos el estado de postergacion de nuestra pátria querida, cuyos ojos están vendados por el más grosero fanatismo que les impide ver el progreso moderno, ley natural de las naciones cultas, les decimos, con aquel ilustre asturiano:—«Sigue, sigue, esa ilustracion y prosperidad, para ser como eres el *non plus ultra* del fanatismo de los siglos.»

«Desprecia, como hasta aquí, las hablillas de los extranjeros envidiosos; abomina sus máximas turbulentas; condena sus opiniones libres; prohíbe sus libros que no han pasado por la tabla santa y duerme descansado al agradable arrullo de los silvidos con que se mofan de tí.»

Terminamos la copa de *sol y sombra* y con ella este pequeño incidente tauromáquico, saliendo, tan buenos amigos como ántes eramos, á disfrutar los placeres de una tarde de Mayo, en uno de los más hermosos y concurridos paseos que hacen las delicias de la hermosa ciudad del Ferrol.

ROQUE GOY PRADO,
Socio corresponsal

Mayo 24 de 1878.

Tomo V.—Núm. 3.

LOS EUCALYPTUS.

La familia de las Mirtáceas es muy importante; porque en ella se encuentran agrupadas diversas plantas de adorno y utilidad, entre las que se cuentan particularmente las diferentes variedades de eucalyptus que hasta hoy se conocen, y que por cierto constituyen un número de alguna consideración, si bien no todas son de gran utilidad: pero basta sólo la importancia de una de ellas, para compensar la que pudieran dejar de merecer las cincuenta y nueve variedades restantes; y esa es la del *Eucalyptus globulus* que escede notablemente en aplicaciones á todas las demás, aunque no deja de haberlas interesantes entre ellas.

El *Eucalyptus globulus*, conocido vulgarmente con el nombre de *Gomero azul*, es planta, de la que si bien se encuentran ya hechas algunas plantaciones en nuestra fértil Andalucía, no hay sin embargo ejemplares en proporcion á su utilidad, tanto por su madera como por la virtud medicinal de sus hojas, aplicables, como todos sabemos, para cortar las fiebres intermitentes tomadas en infusión como el té, y recomendadas para este fin por muchos médicos. Hállase este vegetal perfectamente conocido entre nosotros y se sabe la manera de multiplicarle y la facilidad con que se desarrolla en nuestro clima, por medio de sus numerosas semillas, con las que se pueden hacer los alcornoques en los meses de Setiembre á Noviembre y de Marzo á Mayo, trasplantándose los brotes en pequeños tiestos, para después trasportarlos con facilidad de un punto á otro, ó poniéndolos de asiento en su lugar correspondiente. Para el trasplante, habrá de tenerse siempre en cuenta, el hacerlo cuando las nuevas plantas tienen de quince á veinte centímetros de altura.

Para comprender las numerosas aplicaciones de estos árboles, basta sólo decir que desde el primero de Julio del año próximo pasado hasta la fecha, han venido al jardín de mi cargo, por las hojas del *Eucalyptus globulus*, dos mil seiscientos individuos, sin contar los que las han procurado, y obtenido también, en los jardines públicos de la ciudad.

He aquí la lista de las otras variedades que existen de esta

planta, y que no está demás dar á conocer.

«Eucalyptus alpina.	Eucalyptus leucoxydon.
» amygdalina.	» longifolia.
» bicolor.	» marginata.
» botryoides.	» megacarpa.
» buprestium.	» melliodora.
» calophylla.	» microphylla.
» citriodera.	» obliqua.
» coccifera.	» occidentalis.
» colossea.	» paniculata.
» concolor.	» patens.
» cordata.	» pilularis.
» coriacea.	» piperita.
» cornuta.	» platypus.
» corymbosa.	» polyanthemos.
» coxynocalyx.	» preissiana.
» Cunninghamü.	» radiata.
» dealbata.	» redunca.
» dichromophloiaa.	» regnans.
» Eugenioides.	» Risdonii.
» ficilifolia.	» resinifera.
» fissilis.	» robusta.
» floribunda.	» rostrata.
» gigantea.	» saligna.
» globulus.	» siderophloia.
» goniocalix.	» sideroxydon.
» Gunni.	» stricta.
» hæmastoma.	» Stuartiana.
» hemiphloia.	» tereticornis.
» latifolia.	» Urnigera.
» Lehmannii.	» viminalis.*

FRANCISCO GHERSI.

LAS ABEJAS.

CARACTÉRES.—ABEJAS MADRES, OBRERAS Y ZÁNGANOS.—COSTUMBRES.
—ESPECIES EXÓTICAS.—CERA Y MIEL.

I.

La humanidad inteligente, alumbrada por el claro resplandor de la ciencia, inclina de continuo su altiva cerviz ante el portentoso espectáculo del Génesis; y la humanidad ignorante, quemando en el fuego de la fe los velos de la ignorancia, prorrumpe tambien en espontáneos cánticos de admiracion y fervoroso entusiasmo ante cada una de las sublimes páginas de ese inmenso y grandioso libro que llamamos Creacion.

Mas no es preciso lanzar la inquieta mirada por las azules profundidades del éter donde la luz palpita en esas infinitas condensaciones de la materia denominadas *soles*; no es necesario buscar en el seno de las nubes el fulminante rayo; ni siquiera penetrar en el turbulento reino de los mares, ni contemplar sus monstruosos cetáceos ni sus eléctricos peces, terror del navegante, ni sus islas madreporicas, ni sus perlas y corales; nada de esto es preciso si queremos sorprender uno de los más bellos é incomparables misterios de la Creacion.

Linneo lo ha dicho: «La naturaleza hace ver las mayores maravillas en los más pequeños objetos.»

¿Qué más pequeño á la verdad en dimensiones que el interesante y bullidor insecto cuyo nombre encabeza este artículo? Pero, ¿qué más grande á la vez, qué más extraño y prodigioso que ese admirable instinto infundido en su microscópico cráneo por la eterna sabiduría?

Largo tiempo habíamos de detenernos si á detallar fuésemos la copiosa enseñanza que surge del estudio de estos seres y sus singulares instintos, locamente atribuidos por la incredulidad, la ignorancia y la malicia humana, á la mera *casualidad* ó á forzosas consecuencias de las leyes físicas generales de la materia. Pero no es ese nuestro objeto, sino únicamente consignar con la más posible concision, las costumbres é industria de ese laborioso insecto, emblema del trabajo y la constancia y el más útil, sin duda, al hombre por los dos ricos productos que

en sus prodigiosos talleres le elabora: la cera y la miel. La cera, esa masa blanda y dócil que ora se presta á usos médicos, industriales y artísticos, ora se quema en los altares, como tributo rendido al Supremo Sér. La miel, ese néctar delicioso al paladar, y de profusas aplicaciones farmacéuticas; esa rica sustancia que trasformada en dulce y regalado jugo en los nectarios de las flores, despues de haber sido absorbida de la tierra, pasa á ser asimilada en el organismo del animal, describiendo de tal suerte ese eterno círculo, esa trasmigracion asombrosa de la materia al recorrer los tres reinos naturales.

Vamos, pues, á reseñar los más resaltantes caractéres del insecto, ya que estos basten para no confundirle con algun otro análogo.

EDUARDO PAÑCUAL Y CUELLAR.

(Continuará.)

APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL TOREO EN ESPAÑA.

1877.

No habíamos olvidado el penoso deber que nos hemos impuesto, de ir aglomerando en horripilante estadística las desgracias que ennegrecen la historia del toreo en España: el dolor y la vergüenza han detenido nuestra pluma, que por otra parte tenía no ménos sagrados deberes que cumplir bajo otros conceptos, de igual modo interesantes para nuestra propaganda proteccionista.

Desgraciadamente la afición tauromáquica, no es la única aberración que nos sale al paso; ni tampoco el modo exclusivo de combatirla, es atacarla de frente por el ridículo ó por la indignacion. Multitud de pequeñas objeciones y de duras resistencias se hacen á nuestra reforma, que conviene deshacer, no solo por lo que en sí mismas dañan, sino por lo que estorban al paso de nuestra idea y empecen al propósito de acabar con las lides tauromáquicas desalojándolas de las costumbres y borrarán-dolas de entre nuestros viejos usos.

Por otra parte, al abrir de nuevo las páginas de estos tristísimos anales, tropezamos, como era de esperar, con una atroz desventura: y esto era por sí suficiente para hacernos soltar la pluma, aumentando la repugnancia que ya nos inspira un tra-

bajo tan desagradable y decidiéndonos á dejar que el tiempo amengüe el pesar que causan las catástrofes y nos procure la calma y si se quiere cierto grado de estoicismo, que es para volver á reanudar esta ingrata tarea.

Daremos, pues, principio á nuestra crónica, transcribiendo el *intróito* que puso *Blasillo*, revistero *taurómico* del periódico ilustrado *El Globo*, á la reseña de la primera corrida celebrada en Madrid el 1.º de Abril de 1877. Dice así:

"La plaza llena de bote en bote, el calor más que primaveral, la afición al espectáculo creciente, los revendedores multiplicándose y multiplicando sus caudales, los antiguos abonados renovando sus abonos, tres ó cuatrocientos *habitués*, dispuestos á sentar plaza de abonados, *Manolo* distribuyendolo ó *colocando* mejor dicho, á la puerta del Suizo, *mas papel* que tres sociedades anónimas, el Pájaro sin tener bastantes alas para volar de casa en casa dejando los encargos y finalmente, la gente de las extremidades de Madrid afuyendo á la Puerta del Sol por todas sus avenidas y rellenando los omnibus que vomitan caballeros materialmente á las puertas del circo taurino; tales son los brillantes auspicios con que D. Casiano inaugura este año su valiosa y envidiada especulación."

Lo es en efecto: lo debe ser para nosotros; mas no es seguramente una prueba de ello el modo y las artes con que se llenan las plazas de toros. Las trazas de Manolo y las piernas del Pájaro, esplican ese entusiasmo encendido en las gentes de las *extremidades*, y ese afan de dar á engullir á los omnibus lo que habían de vomitar á las puertas del circo. Ya sabíamos desde luego, que en esos lugares la sociedad lanzaba sus *vomitaduras*; por eso es tan raro encontrar algo que pueda aprovechar un paladar delicado y por el contrario, es natural hallar lo que no hay estómago que pueda digerir.

Conste pues, que al decir del entusiasta revistero del *Globo*, los *caballeros* que asisten á las corridas de toros en Madrid son *materialmente vomitaduras* sociales lanzadas por los omnibus y recogidas de antemano en los barrios extremos de la Côte.

Y tal público, y así depuesto, constituye sin embargo un *brillante auspicio* para la temporada.

Sigue así *Blasillo*:

"Hay propagandas que hacen reir.

"Por eso me burlo yo de lo que hace la Sociedad protectora de los animales, como me río á mandíbula desquiciada de lo que se empeña en hacer otra sociedad nominada de *La Templanza*. Quite Vd. la taber-

na, las judías, los callos y caracoles, cierre Vd. las plazas de toros y se ha concluido España."

Horrible sátira! Vergonzosa apología!

Felizmente es inexacta la apreciación! Algo más hay en España que tabernas y plazas de toros: hay eso otro de que se burla el revistero taurómaco: hay *Sociedades Protectoras*, que levantan frecuentes y honrosas protestas contra taurófilos y berrachos; que velan por los fueros de la dignidad patria y de la cultura humana; que defienden los intereses del buen gusto y de la conciencia moral y que se proponen dar fin á esos hechos que sirven de ocasion al Sr. Blasillo para hacer tan punzante epígrama contra su patria.

¡Qué puede importarnos que el ilustrado revistero se burle de las *Sociedades Protectoras*, cuando sus elogios hacen mucho más daño que sus burlas! Entre el modo de tratar á la sociedad española y lo que siente respecto á la Protectora de Animales, es preferible lo que dice de esta última. Siga, pues, el revistero comiendo sus *callos* y apurando sus *cañas*, sin que turbe su sosiego la sombra de Jovellanos, y siga luego *vomitándose* en la plaza de toros sin miedo á la crítica de los protectores, que á fé que estos no constituyen, en efecto, esa España de *Pan y toros* en que vive el Sr. Blasillo y fuera de la cual tiene la desdicha de no ver esa otra en que precisamente vivimos los enemigos de sus hábitos y sus fiestas.

Y sigue el revistero:

"Las corridas de toros acabarán por aquello de que *no es menester amputar ese brazo, él se irá cayendo*. Aquí el brazo son los toreros, este brazo es, como si dijéramos la mano derecha del espectáculo; y como haciendo escepciones rarísimas, nuestros lidiadores no saben donde la tienen, ni la izquierda tampoco, á pesar de ser tan esencial, llegará un día en que se matará á los toros á disgustos, á desaires ó á tiros, en cuyo caso el espectáculo será vulgar, ó los toros se morirán de vergüenza, lo cual ya sería más raro y más curioso en este país."

¿Y por qué? Si nosotros no hemos de morir de esta honrosa enfermedad, ¿qué extraño es que se mueran los animales que en tantas cosas nos ofrecen modelos muy dignos de imitar?

Parécenos además que no tendría nada de vulgar el concluir con los toros á tiros; más bien es deleite del vulgo hace tiempo, exterminarlos bárbaramente por medio de un suplicio lento y largo, lo cual equivale á matarlos á *dis gustos*, al par que por

medio de un tormento que deben haber aprendido los pueblos de los evangélicos y santos inquisidores de los católicos tiempos de D. Felipe II.

Mas el revistero, si bien asesta un dardo contra el amor propio de nuestros lidiadores, por lo que hace á nosotros nos brinda la consoladora esperanza de que pronto concluirán las fiestas taurinas, por *manquedad* absoluta de los matadores. Hé aquí una desgracia que no hemos de lamentar: en primer lugar, preferimos que acaben los toreros á que acaben los toros: porque así ganará la civilizacion sin que pierda la agricultura: en segundo lugar, los mancos no deben affigir á España, por que en ella hubo uno que escribió *El Quijote*; miéntras que otro, con sus dos manos, nos regaló un *Arte de torear*: y finalmente, porque vale mucho más no hacer atrocidades por falta de manos, que perderlas por haber hecho atrocidades; y es más noble ser útil á la patria siendo manco, que morir en los cuernos de un toro llevando una aguda espada en la diestra y una traidora muleta en la izquierda.

Hacemos gracia á los lectores del resto de la introduccion con que *Blasillo* embellece su revista, porque en los demás párrafos solo se contiene la afirmacion gratuita de que la aficion á las corridas aumenta en España, lo cual es perfectamente inexacto, el revistero lo sabe y por eso no lo prueba, y una crítica contra el empresario, á quien acusa de *burlador* del público y de las autoridades, de interesado, y de poco escrupuloso en rectitud de intenciones é integridad de conducta.

Allá se las avenga el empresario con el bueno del Sr. *Blasillo*: á nosotros nos satisface el saber que en la capital de España, centro de la aficion taurina y de la alta inteligencia en el asunto, donde existen una aristocracia que torea y unos talentos que cuentan y cantan las hazañas del circo, tales fiestas se hacen con *malos matadores, malos caballos, jugando con los abonados, divirtiéndose con el público y capoteando á las autoridades.*

Con tales antecedentes, demos tambien principio á nuestra *selecta* reseña, adicionándola y comentándola como tenemos por costumbre.

EL DIRECTOR DEL BOLETIN.

Tipografia de Jose M.^a Gálvez.—Teneria y Sacramento 42.—Cádiz.